

Entrevista

He entrevistado a Artur Lundkvist varias veces. En la página 102 pueden leer una entrevista ceñida al premio Nobel. Esta la he compuesto combinando, básicamente, la que se hizo él para su autobiografía con dos que le hice hace años y otra que le hicieron en su ochenta aniversario en el diario Svenska Dagbladet. Me extiendo sobre algunos detalles personales, sobre todo de sus orígenes e infancia, que iluminan su figura.



Artur Lundkvist "La carcajada de Douglas Fairbanks en la boca de Lenin". Fotografía Peter Kjellerås

Nacido en un pueblecito que poca relación tenía con la literatura, ¿recuerdas cuándo tuviste la idea de ser escritor?

Artur Lundkvist.— Tengo la impresión de que decidí ser escritor antes de saber leer. Bueno, les dije a mis padres que quería ser impresor porque creía que eran los impresores los que escribían los libros.

¿Hubo alguien que te influ-yese en esa idea antes ya de ir a la escuela?

A.L.— No, pero hay una persona, el tío Anton, el hermano mayor de mi padre, que tuvo una gran importancia en mi desarrollo. Era un solterón que vivía solo en una casa en el bosque llena de cachivaches. Allí me pasaba las horas muertas preguntándole incansable sobre los objetos o los libros que había. Tenía una paciencia infinita conmigo. Para mí su cabaña era un paraíso. Allí podía hacer constantes descubrimientos, había objetos que estudiar, imágenes que mirar y libros que leer. Durante años fue mi mejor compañero. Fue cuando empecé la escuela cuando dejé de frecuentarlo con asiduidad. Pero su afecto y generosidad siguieron intactos.

Pero no leerías sólo en casa de tu tío...

A.L.— No, leía todo lo que caía en mis manos. En la escuela el maestro observó que yo tomaba prestados muchos libros de la biblioteca, demasiados, pero me dejó seguir leyendo lo que me interesaba porque iba bien en los estudios.

¿No comprabas libros?

A.L.— No había librerías. Los compraba en las subastas. Cuando me enteraba de que había una subasta en algún pueblo cercano allí me iba en bici. Compraba cualquier cosa, hasta tratados religiosos — me bastaba que fuese lectura.

¿No era raro eso en el pueblo?

A.L.— Sí, mucho. Aunque en verano trabajaba en las tareas del campo, no mostraba el menor interés. Por eso me consideraban un perezoso... Me rebelaba contra el

ambiente que me rodeaba. Me sentía diferente.

Por ejemplo. Aprendí a nadar solo, con unos flotadores que había hecho con juncos, y nadie me creía. En la zona no había nadie que supiese nadar, a los campesinos no les gustaba mucho bañarse. Cuando lo hacían era en lugares de aguas someras en que el agua les llegaba a las rodillas. Me vi obligado a demostrar lo que decía. Mi padre tenía miedo de mi capacidad natatoria. “Ten cuidado y no te vayas a quedar, no te podré salvar”, me advirtió. “No hay peligro, nado como un pez” contesté. Fue uno de mis triunfos de mi rebel-día infantil.

¿Ya entonces te gustaba nadar a contracorriente! En algún sitio leí que habías escrito una novela a los doce años, ¿es así?

A.L.— Lo que más quería era ser escritor y a los doce años, sí, escribí, a mano, una novela de indios acorde a mi edad y envié el manuscrito a la editorial Åhlén y Åkerlund. Me lo devolvieron asegurado. Cuando vi la suma, 500 coronas, en el aviso de correos creí que era lo que me pagaban. Tremendo error: era la suma del seguro. Pero fue un gran estímulo.

¿Cuándo compraste la primera máquina de escribir?

A.L.— Es una historia larga. Mi caligrafía era de difícil lectura y cuando me aceptaron un cuento en un periódico me pagaron cinco coronas porque habían deducido los gastos de pasarlo a máquina... Entonces me decidí. Les dije a mis padres que lo único que me faltaba para ser escritor era una máquina de escribir. Ellos apenas sabían lo que era y yo aún no había visto una de cerca. “Escribe como si estuviese impreso”, les decía. “Será cara” se inquietaban. Busque información y encontré una Smith Premier nr. 4, usada, por 75 coronas (Unas 2000 de hoy, o 200 €), una minucia pensando en los honorarios que me iban a llover. Mi padre aceptó y me prometió las 75 coronas. Pedí la máquina y fuimos a buscarla

a la estación. Afortunadamente habíamos ido con el caballo y el carro porque llegó en una caja enorme. Me pregunté si no sería un error.

Me metí en mi cuarto, abrí la caja y empecé a darle vueltas a la máquina para ver por dónde iba a meter el papel. Pronto lo descubrí y me puse a escribir. Salí con una página escrita: “Mirad, todo va bien”. Mi padre cogió el papel con cuidado, se puso las gafas y contempló el texto. “Sí, es exactamente como impreso, ¡aunque sea de color violeta!”

¿Cómo cayó en el pueblo la primera máquina de escribir?

A.L.— Aquello provocó el escándalo en el pueblo. “Ese mozo tiene que empezar a trabajar como la gente normal” decían. “¿Escritor? ¡Qué tonterías son esas!” Pero no tardó la gente del pueblo en venir a ver la máquina y ya no les parecía tan mal, siempre podría encontrar trabajo en una oficina...

A los dieciséis años enviaste a una editorial una colección de cuentos.

A.L.— Sí, la envié a Bonniers, escrita en la máquina. La rechazaron por inmadura, pero me consideraron prometedor y me sugirieron que volviese con otros manuscritos. No estaba mal para un joven campesino en un pueblo perdido del norte de Escania.

Más suerte tuviste con el cuento que enviaste a la revista Bonniers *Månadstidning*.

A.L.— Sí, lo publicaron, y como tardaban en llegar los honorarios escribí preguntando por el retraso, y armándome de valor pedí 25 coronas — me pagaron 75 (2000 coronas o 200€) que es lo que mi padre había pagado por la máquina de escribir, pero no quiso que le devolviese el dinero. Aquello impresionó porque la cantidad recibida era el salario que cobraba mi abuelo en su juventud por medio año de trabajo.

¿Seguíaís viviendo en Toarp?

A.L.— A los 18 años nos trasladamos a Tyringe que era una zona industrial. Allí fue donde oí por

primera vez una radio y tuve mis primeros contactos con la clase obrera, con unos obreros interesados en su formación cultural. Las lecturas se hicieron más metódicas y además había personas con las que podía discutir lo leído. Recuerdo especialmente a un albañil, Olof Gisseholm, que regentaba la biblioteca de una asociación, y yo iba a verlo todos los domingos, fue el que me proporcionó mis primeros conocimientos de filosofía. Y a Gordon Lindh, periodista que colaboraba en periódicos comunistas.

¿Fue con él con quien fuiste a vender manuscritos a Helsingborg?

A.L.— Sin mucha fortuna. En un periódico me dijeron: “Vuelva cuando sea tan conocido como Hjalmar Söderberg”. Yo contesté irritado: “Conocido seré, pero entonces no vendré a este miserable periódico”. El único éxito que tuve fue cuando, en otro diario, me confundieron con un boxeador que estaban esperando...

Con Gordon hiciste en 1925 tu primer viaje al extranjero, a Dinamarca.

A.L.— Sí, Copenhague fue mi primera gran ciudad... Y allí descubrí una gran biblioteca donde pasé muchas horas. Fue mi paraíso, administrado, curiosamente, por el municipio.

¿Cuándo te trasladas a Estocolmo?

A.L.— A los veinte años me trasladado a Estocolmo para estudiar con una beca en la Universidad popular de Birka.

Viajas ya decidido a vivir de la literatura por muchas penurias que pasases...

A.L.— Y las pasé. Pero viví de mi pluma.

Cuando fui a la mili el médico militar no estaba satisfecho con mi peso, apenas 70 kilos para 191 cm de altura. “¿Está usted enfermo?” me preguntaba. “Que yo sepa, no”, contestaba. “Este hombre no está bien. Hay que hacerle un análisis”. Lo hicieron y descubrieron que yo, sencillamente, estaba desnutrido. “¿Ha pasado hambre?” “No, no exactamente, pero no he

comido todo lo que hubiera querido durante años”. “En ese caso el servicio militar le va a sentar bien”, dijo el médico. “¡Buena comida, ejercicio y aire libre!”

Escribías en diferentes periódicos ¿Recuerdas algún artículo importante?

A.L.— Pues, sí, uno. *Arbetslös* (Parado) es el primer artículo que publiqué en Estocolmo. El paro era el problema social más terrible de la década de 1920. En aquellos tiempos yo frecuentaba a los parados y a veces escribía en un periódico que se llamaba precisamente *El parado*. Para mí personalmente era un problema muy actual y vivo. Si hubiese fracasado en la literatura mi destino habría sido el paro. Yo era un simple campesino que no sabía hacer otra cosa.

También escribiste un artículo crítico sobre el Premio Nobel a Grazia Deledda...

A.L.— Sí, desgraciadamente. En él decía que Mussolini había influido en el premio. Un grave error debido probablemente a que creí la campaña que pretendía desacreditar a Grazia Deledda y al mismo tiempo a la Academia. Me pasé.

¿No te relacionabas con otros escritores?

A.L.— Busqué contacto con escritores de mi generación en pequeños periódicos y revistas.

Me acuerdo especialmente del día en que conocí a Harry Martinson. Un talento único, el mayor talento poético sueco de nuestro tiempo.

[Así lo contaba Lundkvist años después: “En otoño de 1927, cuando yo estaba en la puerta de la Casa del Pueblo vendiendo la revista *El parado* vi venir hacia mí a un personaje con inconfundible aspecto de estar en el paro. Era Harry Martinson. Me preguntó de sopetón: ¿Eres poeta? Contesté, con cierto embarazo, algo inaudible. Martinson insistió: ¿Has escrito esto? Eché una mirada al periódico que me enseñaba donde, efectivamente, había un poema mío. —Sí, contesté tras una ligera duda. —¿Es cojonudo! Yo también intento escribir algo”.]

Le hablé de poesía norteamericana y modernismo. Juntos nos íbamos a un parquecito del centro de la ciudad a leer y a traducir, sin diccionario y sin grandes conocimientos de inglés, pero con inmenso entusiasmo, la poesía de Sandburg y la “Antología de Spoon River” de Lee Masters.

¿Hay alguna persona importante en aquellos años para tu carrera?

A.L.— Dos personas: Ragnar Caspersson y Georg Svensson, y también Dagny Thorvall profesora de inglés y francés en la Universidad Popular de Birka fue muy importante.

¿Ragnar Caspersson?

A.L.— Sí, uno de los primeros escritores proletarios y secretario de redacción de la revista *Arbetaren*. No me podía permitir comprar libros nuevos pero en librerías de viejo logré comprar un par de novelas recientes, una de Eyvind Johnson. Escribí unas reseñas y con ellas fui a ver a Ragnar Caspersson, a la revista. “Las publicamos”, dijo benevolente, “a 15 coronas” (unas 400 coronas de hoy, cada una, 50 €). Era dinero, al menos para mí, en aquellos tiempos.

¿Cómo se aceptó esto entre tus colegas?

A.L.— Algunos bastante mal. “Vemos que escribes sobre libros en *Arbetaren*”, dijeron algunos compañeros. “No puedes. Hay que ser doctor para eso”. “Me importa un bledo”, contesté. El desprecio por los conocimientos del autodidacta estaba muy arraigado.

¿Aún fue más conflictiva tu contribución en BLM (*Bonniers Litterära Magasin*)?

A.L.— Sí, pero el escepticismo venía de otra parte. Georg Svensson — el director que hizo de BLM la gran revista literaria sueca del s. XX— me invitó a comer cuando aún trabajaba en la editorial Natur & Kultur y me contó que iba a empezar en Bonniers y que iba a lanzar una revista literaria, BLM. Me quería como colaborador. Allí estuve yo desde el primer número y durante mucho tiempo. Él tuvo que aguantar muchas críticas de universitarios que

se sentían desplazados por mi presencia: “¿Por qué tiene que escribir ese primitivista de mierda?” Pero él se mantuvo firme.

Fue Svensson la primera persona que te habló de Faulkner, ¿verdad?

A.L.— Sí, y además me pasó *Sanctuary*. Y la traduje. En Bonniers la rechazaron horrorizados. “Mientras tengamos algo que decir en el mundo de la literatura sueca este horroroso norteamericano nunca será traducido.” Uno de los lectores que recomendaron el rechazo era Sigfrid Siwertz. Veinte años después el mismo Siwertz era miembro de la Academia que dio el Nobel a Faulkner.

En 1928 debutas como poeta y pronto eres reconocido como el iniciador del modernismo y el introductor del surrealismo en el país, te has convertido en una figura literaria reconocida, hasta el punto de que, en 1931, se anuncia en primera página de la revista *Fönstret* que vas a ser su nuevo crítico cinematográfico. ¿Ya habías escrito crítica cinematográfica?

A.L.— Sí, pronto entendí que también se podía escribir sobre cine. Los rusos, las primeras películas de Pudovkin, Eisenstein y Dovchenko fueron para mí una revelación. Fue una experiencia extraordinaria ver utilizar el lenguaje cinematográfico de una manera tan innovadora. Luego fui buscando lo mismo en otras películas, pero no fue fácil encontrarlo, lo encontré en Erich von Stroheim, en Buñuel.

A principios de los 30 empiezas tus largos viajes, el primero por África y luego otro de dos años por España, Marruecos, Francia y unos meses en Dinamarca. Y en este país, en 1936, te casas con Maria Wine.

A.L.— La había conocido en un tren, durante mi estancia en Dinamarca, y la bicicleta fue el vínculo que nos unió. Iba a la playa y me la topé por el camino. Después de un rato la joven apareció en la playa a mi lado. (Maria lo cuenta así en sus memorias: “... cuando iba a salir de

paseo estaba allí el escritor [que había conocido en el tren] junto a la puerta preparado para montarse en su bici. Al verme me preguntó espontáneamente: ¿Viene a la playa? No tengo bici, contesté contrariada. Una pena, dijo. Se encogió de hombros y se marchó. ... Yo pedí prestada una bici y fui a la playa a ver si lo veía. Cuando llegué él salía del agua y al verme soltó: ¿No me dijo que no tenía bici? “... Así empezó todo). Fue un matrimonio con condiciones. No tener hijos y libertad absoluta para los dos cónyuges.

¿En aquellos meses daneses escribes teatro radiofónico?

A.L.— Durante mi estancia en Copenhague Bjerke Petersen y yo escribimos una pieza. No se representó y cada uno nos quedamos con nuestra parte. Con ella hice una pieza de teatro radiofónico que emitieron por radio y luego, años más tarde, la presentaron en un teatro.

Pero nunca me sentí dramaturgo. No me ha interesado mucho el teatro. Excepto Eugene O’Neill. Pero Olof Molander me pidió una traducción de Clifford Odets la hice y me pagó bien. Y luego he traducido contigo dos piezas de Lorca y con Marina¹ *Fulgur* y *muerte de Joaquín Murieta* de Neruda y *El adefesio* de Alberti.

Terminada la II Guerra Mundial se abren las fronteras y retomas tus viajes, el primero a América.

A.L.— En 1943 me contrataron en el diario *Stockholms-Tidningen* lo que me permitió, por primera vez, sanear mi maltrecha economía y para ellos escribí artículos sobre América. Luego pasé a *Dagens Nyheter* donde escribí sobre mi viaje a la India. Su director, Tingsten, me censuró los artículos cuando mi posición política no coincidía con la suya. Pronto acabé en ese periódico. Aún recuerdo la breve conversación con Tingsten: “Me voy del periódico”, dije. “¿Te vas? ¿Quieres más dinero?” dijo con su extraña voz. “No, no estoy de acuerdo con tu política”, contesté. “Entonces, sí, es mejor

¹ Marina es Marina Torres, mi mujer.



Cubierta de la autobiografía de Lundkvist, *Autorretrato de un soñador con los ojos abiertos*.



Cubierta del número que le dedicó la revista *Tärningskastet* en su 75 aniversario, con los labios de su esposa como ilustración.



Con dos premios Nobel, William Golding y Jean Paul Sartre, en uno de los encuentros por la paz de los años 60.



Artur y María, en la playa de Agadir, poco antes del terremoto.

que te vayas”. Reelaboré los artículos y los publiqué, ya sin censura, en el libro *Indiabrand*

A finales de los años 40 y en los 50 tu preocupación política fundamental parece ser la paz y participaste en el movimiento por la Paz, y has llegado a decir que fue en el Consejo Mundial por la Paz y en la Academia los lugares en los que fuiste más activo.

A.L.— Así es, a finales de 1950 fui invitado como observador a un encuentro por la paz que se iba a celebrar en Sheffield (Inglaterra). Fuimos detenidos en la aduana —María y yo— y la policía estuvo horas interrogándonos. Tan peligrosos éramos que hasta investigaron el lápiz de labios de María. Se suspendió el encuentro y nos trasladaron en unos aviones cochambrosos a Varsovia. Allí nos recibieron masas entusiastas al grito de “Salvad la Paz”. Quizá esperaban algo de los delegados al congreso por la paz. Yo pronuncié mi discurso a las 2 de la noche. A continuación vino Ilja Ehrenburg a darme las gracias. Le parecía que en mi discurso había algo que no estaba en los otros y eso le gustó.

Y te eligieron vicepresidente

A.L.— Pues sí, de pronto, sin comerlo ni beberlo me vi vicepresidente. ¿Por qué?

A.L.— Pues no lo sé. Supongo que como a Ilja Ehrenburg le gustó mi discurso y querrían algún escandinavo que no fuese comunista y que fuese algo conocido, sería por eso. A la vuelta del Congreso escribí un artículo para el diario socialdemócrata que me rechazaron — ¡a pesar de que estaba contratado en ese periódico! El motivo: ¡que solo debía escribir sobre temas literarios!

Preparando el libro con la selección de tus artículos he leído los ataques por tu trabajo a favor de la paz. Te atacaban por trabajar por la paz, ¿es que lo democrático era trabajar por la guerra?

A.L.— En aquellos tiempos de guerra fría no era fácil comprometerse en el movimiento por la paz. Se escribieron muchas tonterías y mentiras en la prensa. “Ahora de pronto Lundkvist se nos ha hecho comunista”, fue una reacción muy corriente. El movimiento por la paz se identificaba con el comunismo a pesar de que en Europa había muchos no-comunistas

activos en el movimiento (lo que no éramos era anticomunistas viscerales, y eso resultaba imperdonable).

Y no te facilitó mucho las cosas la concesión del premio Lenin, el premio internacional de la Paz.

A.L.— No, claro. Estaba en las islas Canarias cuando recibí la noticia y mi primera reacción fue rechazarlo. Simplemente, no me lo merecía. Pero por otro lado no quería que se malinterpretara el gesto como un rechazo que se aplaudiría desde el “otro” bando.

La ceremonia de entrega fue una ceremonia con muchas ausencias. Aquella tarde una extraña ola de gripe recorrió Estocolmo. Un buen amigo, miembro de la Academia, me telefonó para decirme: “No puedo asistir. Comprendes, ¿verdad?”. Sí, claro que comprendía. La ausencia que sí me dolió fue la de Martinson.

En 1956, el día en que cumples 50 años, recibes un libro de homenaje en que participan cuatro premios Nobel: dos que ya lo eran y dos que lo iban a ser... ¡y aún no eras miembro de la Academia!

A.L.— Sí, estaba en las Canarias, en Tenerife cuando lo recibí. Me emo-

cionó el reconocimiento y las palabras amables de tantos amigos y escritores admirados. (Nota: entre los colaboradores estaban Pablo Neruda, Rafael Alberti, T S Eliot, Halldór Kilian Laxness, W. H. Auden, Nicolás Guillén, Saint-John Perse, y destacados escritores nórdicos).



Homenaje de T. S. Eliot

Se puede decir que 1960 es el decenio en que Suecia descubre el Tercer Mundo

A.L.— Es más exacto decir que los suecos descubren la relación entre la riqueza de los países desarrollados y la pobreza de los subdesarrollados. Yo ya había podido constatar ese hecho durante mi viaje por la India a finales de los años 40 y por la América Latina dominada por el imperialismo norteamericano.

Creo que fue la influencia de dos gigantes de la literatura, Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda, con quienes me encontraba en las reuniones del movimiento por la paz, lo que radicalizó mi posición antinorteamericana en América Latina.

Y también, ahora que hablamos del imperialismo yanqui... los 60 son el decenio de Vietnam.

A.L.— Sí, escribí artículos, participé en debates y en mítines contra la guerra. Recuerdo que un día intervine en un mitin con Sara Lidman. Después de mi intervención Sara me dijo que la había impresionado lo sin-

ceramente encolerizado y rabioso que parecía. Encendió al público. Nunca he podido pronunciar conferencias académicas sobre cuestiones de este tipo. ¡Hay que gritar!

Pero los ataques en aquellos años también te llegaban desde la izquierda...

A.L.— Escribí algunos artículos que fueron atacados desde la izquierda, sí. Me acusaban de pesimismo, de mi visión negra, de lo que llamaban la teoría de la catástrofe... (Ver artículo pag. 108) Lo que recuerdo es que me revolví contra el romanticismo de la revolución que había alcanzado un deplorable estadio de ausencia de crítica y que se extendía de manera inquietante entre estudiantes e intelectuales. Mi visión era mucho menos romántica y consideraba que las revoluciones tenían pocas posibilidades de éxito. Según mi opinión, eso no era pesimismo sino una manera más realista de considerar el problema.

También te criticaban por tu actitud elitista en cultura.

A.L.— La década de los 60 fue un tiempo en que entre los intelectuales se extendía una considerable hostilidad frente a la cultura y también un desprecio o desconfianza por un idioma cuidado, artísticamente elaborado. A mí me consideraban un reaccionario y un representante de una trasnochada alta cultura. (Ver artículo, pág. 113).

Y para colmo te eligieron miembro de la Academia...

A.L.— Sí, el hecho de que un viejo radical como yo aceptase el nombramiento no cayó bien en la izquierda. Bueno, yo dudé, pero decidí aceptar por Neruda, para poder influir directamente en el Premio Nobel.

¿Cómo ves tu carrera literaria?

A.L.— Evidentemente, no soy yo el que debe valorar mis libros o artículos. Escribir lo que he escrito (y de la manera en que lo he escrito) me parece que es lo único que he sabido hacer. No es asunto mío juzgar el valor de lo que he hecho, pero me gustaría creer que algo ha alcanzado su objetivo.

Hace un tiempo Kjell Espmark decía que la escasez de trabajos sobre tu obra depende de la imposibilidad de abarcarla en sus inmensas dimensiones...

A.L.— Se exagera sobre mi producción. No tengo una alta opinión sobre mi laboriosidad. El secreto de mi producción no es más que una cierta regularidad en el trabajo, dos o tres horas diarias por la mañana (al menos durante medio año), y mi decisión de corregir lo menos posible. La tarde la dedico a la lectura, a escribir artículos periodísticos y a ir al cine. En eso he sido fiel al convencimiento que una vez me acercó al surrealismo: uno tiene que confiar en su inspiración, su "automatismo", y no plegarse en grado excesivo a la censura del superyó.

Los 80 años son un cumpleaños, no una estación final. ¿Qué es lo que esperas del futuro?

A.L.— Espero simplemente no despertarme una mañana, pero no estoy seguro de que vaya a ocurrir así. Me han dicho los médicos que, por lo que al corazón respecta, puedo vivir hasta los 90 años.

No tengo el más mínimo miedo a morir. La muerte puede ser dolorosa, pero aparte de eso uno no necesita tener ese miedo metafísico a la muerte que han tenido nuestros antepasados, con esas ideas de diablos y ángeles disputándose la pobre alma en torno al lecho de muerte. Yo no creo en la existencia del alma, no es más que un viejo eslogan. Solo existe el cerebro. Cuando se apaga, se acabó todo. El alma pertenece al campo de la propaganda religiosa. Es necesaria para mantener la religión, no para otra cosa. Los curas se han tomado de manera muy personal mis palabras de que no le tengo miedo a la muerte. Probablemente están preocupados porque pueden quedarse sin trabajo. Si no existiese el miedo a la muerte, ¿para qué queremos curas e iglesias? Esa es mi opinión personal. No le reprocho a nadie que piense de otra manera. Es el derecho de cada uno.